



## CON EL TIEMPO....

Claro está que al paso que vamos han de suceder cosas muy extravagantes y originales.

Cada vez es más corta la vida: sea efecto de la precocidad, de la mayor actividad en ella, ú otras causas, lo cierto es que se vive la mitad que en tiempo de nuestros abuelos; y á continuar de esta manera, al cabo de un par de siglos habrá generaciones de un año, como las cosechas y los gusanos de seda.

En esta rápida escala de la abreviación de nuestra existencia el matrimonio está llamado á representar un principal papel, pues de aquí á cien años, por ejemplo, la mayoría de edad será declarada á los catorce y los jóvenes se casarán muy pronto.

Habrán diálogos muy graciosos.

—¿Y su hijo de Vd.?

—Bueno, muchas gracias: ya tendrá usted noticia que se casa dentro de un mes.

—Ninguna; pero me alegro, se iba haciendo talludito.

—Sí, únicamente aguarda á recibirse de bachiller para marchar inmediatamente á Madrid á pasar la luna de miel en una casa de huéspedes de la calle ancha de San Bernardo, á fin de estar próximos á la Universidad, donde Isidoro piensa cursar leyes.

—Perfectamente pensado, eso es obrar con cordura. En cambio mi Luisito tomó estado demasiado niño: ni lugar le dió la boda de examinarse del primero de latin, y hoy estudia retórica y tiene ya dos hijos.

—¡Qué tiempos, D. Anacleto, qué tiempos! Yo me casé á los veinticuatro y aún decían que era todavía joven.

—Pues á mí, que lo hice á los treinta, me llamaban el viejo verde.

Y así por el estilo se oirá hablar á todo el mundo, merced á la triste decadencia de nuestra raza. Y si el físico ha de guardar proporción con tan pobre moralidad, nada nos extrañaría, si nos fuese dable alcanzar aquellos tiempos, ver á la humanidad del alto de un conejo.



Para evitar en lo posible estas desastrosas tendencias conocemos dos medios: la gimnasia espiritual y la corporal.

Sabido es que el estudio fortalece el espíritu, como el ejercicio higiénico desarrolla el cuerpo.

Es la única manera de contrarestar las influencias perniciosas arraigadas en la sociedad actual, y evitar que fructifique, con grave perjuicio de las futuras generaciones, la mala semilla.

ODERFLA ETTEFFAL

## LA VUELTA Á MI PUEBLO.

(Continuacion.)

¡Ah! Bendiga Dios la prevision de los padres y la virtud de los hijos que saben conservar el fruto de sus economías y retener el sentimiento de su amor!

Al bajar los ojos al suelo, clavados hasta entónces en el nido tal vez secular de golondrinas, observo que una mujer, fija delante de mí, me contempla con muda atencion, pero con los labios entreabiertos por la sonrisa que expresa su satisfaccion. Ni la conozco ni debe conocerme, pero pronuncia mi nombre, como yo el suyo; nunca nos hemos visto, pero sabe quién soy y sé que es la fiel guardadora de mi casa y de mi pobre hacienda. Llena de júbilo y de sorpresa me anima á penetrar en mi albergue, y lo primero que contemplo es el moviliario de la casa, tal como era y se encontraba en vida de mis padres.

Un gran cuadro de forma elíptica que contenia un lienzo que representaba la Virgen del Pilar, le encuentro aún en la pared de la de-

recha, en el mismo sitio donde se hallaba cuando vine al mundo. En la pared de enfrente hay otro lienzo de algun mérito artístico, inapreciable hoy para mí solo porque recuerdo la estimacion en que le tenía mi madre. Es la Virgen de los Dolores, que parece contemplarme con amor y derramar por mí aquellas lágrimas que veo rodar por sus mejillas. Las mias corren tambien como fuentes desprendidas de mis ojos; y la buena mujer que contempla mi dulce afliccion, me arrastra hasta el crucero del estrado ofreciéndome un apoyo y un asiento.

La emocion se redobra al contemplar dos viejos sillones, uno enfrente de otro, con asientos y respaldos de vaqueta labrada y fuertemente asida con clavos de bronce. Estos sillones fueron de mi abuelo, los utilizó mi padre y sirviéronme de púlpito y de carroza en los juegos de mi niñez. Ocupan el mismo sitio que en aquella época; se hallan en igual estado, y todo me re-



cuerda la vida, el amor de mis padres, sus consejos y sus caricias, sus venturas y sus sentimientos.

Siempre solicita la mujer, me dispone al instante mi aposento y me arrastra y me obliga con generoso interés á que tome el reposo que necesita mi débil cuerpo, y accedo al fin para dar tregua á mis impresiones. La sorpresa crece por instantes al cruzar el dintel de la estancia. Tras la puerta asoman las cortinas entre cuyos pliegues escondí tantas veces la cabeza en mis juegos infantiles. Recuerdo una circunstancia que no puedo olvidar, ahora que estoy á la vista de todo lo que me rodeó en aquella época. Entre los dibujos de la adamascada cortina sobresale un paisaje que parece tomado de las montañas de Suiza, en el cual hay una nodriza francesa que lleva un niño de la mano y le enseña con la otra una manzana que el infante quiere coger. Fijábame mucho en mi niñez en cuadro tan sencillo, porque la solicitud de mi madre me presentaba siempre al niño de la cortina como un modelo de bondad.

Nuevas lágrimas brotaron de mis ojos ante el primer recuerdo que me presentaba aquel aposento de mi niñez; pero el llanto estalló con ruidosa explosion cuando al acercarme al lecho le ví exactamente igual que en los dias de mi madre.

— Aquí vine al mundo, aquí exhalé el primer quejido; aquí, Dios santo, aquí exhalaré el postrero.

Instintivamente caí de rodillas para rogar á Dios por mi madre; pero al caer tropecé con un cuerpo duro y amovible mal oculto debajo de la cama. Me incliné más, tiré de él, lo arrastré hácia mí... era la cuna que meció mi edad primera... lecho de mi ventura, donde dormí tranquilo sin sospechar el destino de mi suerte; donde trascurió el dulce sueño de la aurora de la vida, mecido al arrullo de mi buena madre.

— ¡Oh tú, virtuosa y santa criatura, cuyo pecho fué tabernáculo de paz y de amor! ¡Vosotros, padres míos, que me disteis el sér y supisteis inocular en mi alma el sentimiento de la virtud, perdonadme, padres amorosos, cuarenta años de olvido, transcurridos en el aturdimiento de un mundo falso y bullicioso, entre una sociedad loca, que camina desbocada al abismo de su perdicion! ¡Perdonad que los embotados sentimientos del corazon de vuestro hijo no os dedicara una plegaria, ni tuviera un solo recuerdo para la venturosa casa que le vió nacer!

*(Se continuará.)*

JUAN B. PERALES.





## BERENICE (LA VERÓNICA).

FRAGMENTO.

.....  
 En vano Berenice  
 Desvanecer sus penas imagina:  
 Plañidera bocina  
 Con sepulcrales notas hiere el viento,  
 Y el vibrante metal triste la dice  
 Que ya al suplicio va, que se avecina  
 De Jesucristo el postrimer momento.  
 Calenturiento frio  
 Por su cuerpo serpea  
 Al oir el alegre griterio  
 Con que celebra populacho impio  
 La muerte de la gloria de Judea.  
 Con insegura planta y lento paso  
 Marcha Jesus bajo la cruz sangrienta;  
 Es el dorado sol que va al ocaso,  
 El cedro que desgaja la tormenta;  
 Es el mártir sublime  
 Que á la culpable humanidad redime.  
 Vedle... se acerca ya... ¡cuánto padece!  
 Le afrentan con la cruz y la corona;  
 El verdugo á la victima escarnece;  
 La victima al verdugo compadece,  
 Y el escarnio y la muerte le perdona.  
 Es su cansancio tanto  
 Al palacio al llegar de Berenice,

Que mide el suelo con su cuerpo santo  
 Y la impaciente plebe le maldice.  
 ¡Ah! Contemplad al Salvador del mundo  
 Con la implacable muerte en fiera lucha;  
 Para lanzar un ¡ay! sus labios mueve,  
 Un ¡ay! desgarrador, largo, profundo:  
 Berenice lo escucha,  
 A sus entrañas llega y las conmueve.  
 Se arrastra á la ventana; allí de hinojos  
 Ve á Jesus á su puerta derribado,  
 Sin fuerzas, sin aliento, acongojado,  
 Y en ella fijos los inmóviles ojos:  
 Ojos llorosos que piedad inspiran;  
 Ojos sin ira que el perdón predicen;  
 Ojos que, tristes, al mirar suspiran;  
 Ojos que, tiernos, al mirar bendicen.  
 .....  
 Privada de la acción sólo un momento,  
 Muévela á poco generoso intento;  
 Ir en apoyo de Jesus decide,  
 Y ni sus fuerzas mide,  
 Ni en los peligros de su intento piensa,  
 Ni sueña con posible recompensa.  
 De su palacio por las tersas gradas  
 Baja veloz con desusado brío;  
 Sus esclavas la siguen azoradas.



El bullidor gentío  
 Traspasa con gallardo continente  
 Y llega hasta la víctima inocente.  
 Alas tener quisiera  
 Para arrancarle de la odiosa turba  
 Y remontarle á inaccesible esfera;  
 Y por calmar al ménos un instante  
 La acerba angustia que á Jesus conturba,  
 Le enjuga con el manto su semblante.  
 Esta muda protesta al pueblo enoja:  
 Torvo sayon con mano encallecida  
 A Berenice entre la turba arroja.

.....  
 Al volver á la vida  
 Mira su blanco manto ensangrentado,  
 Y en él, con líneas de carmin grabado,  
 El rostro de Jesus ve sorprendida.  
 Destácase de Cristo la cabeza,

Dechado de hermosura,  
 Sin sombra de rencor ni de tristeza,  
 Ornada de esplendor y de ternura;  
 Sin torvo ceño ni mirada aviesa,  
 Parece que á la triste Berenice  
 La bienandanza celestial predice,  
 Y amor, sagrado amor, tan sólo expresa;  
 Parece que ha olvidado sus agravios,  
 Que ha vencido el rigor de las desgracias,  
 Que va á mover los dibujados labios  
 Para decirle «adios» y darle gracias.

.....  
 El lienzo besa convulsiva y muda,  
 Y en plácido fervor trueca su duelo:  
 Ya vacilar no puede, ya no duda;  
 Jesucristo es su Dios, el Dios del Cielo.

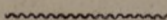
LARMIG.

(Mujeres del Evangelio.)



### LOS PESCADORES.

Todas las mañanitas con la fresca,  
 Dolores y Ramon se van de pesca.  
 ¿Y pescarán? Igual que el mes pasado:  
 Lo ménos pescarán un constipado.





## LA MADRE DEL HÉROE.

(Conclusion.)

Una vez el Rey, que habia emprendido la conquista de uno de los Estados vecinos, por cierto el más rebelde y el de posesion mas anhelada por el indomable carácter de sus habitantes, no vaciló en dar el mando de sus tropas á Gustavo, el cual, lleno de vanidad y presintiendo cuánto le honraria la feliz consecucion de su cometido, aceptó, decidido á añadir un floron más á la corona de su Soberano, dándole el dominio de aquel territorio que en gran manera ambicionaba.

No se engañó: sus disposiciones fueron tan acertadas, su arrojo tan extraordinario, y tan patriótico el entusiasmo que supo infundir en el ánimo de sus soldados, que á los pocos dias se hallaba dueño del pequeño Estado y se posesionaba de su capital, no sin haberla hecho sufrir un estrecho y terrible sitio.

No quiso el Rey dejar sin recompensa tan laudable comportamiento, y pensó acertadamente que si grande habia sido la accion no menor debia ser el premio; disponiendo, de acuerdo con su consejo de magnates, que Gustavo fuese coronado duque, con la pompa y solemnidad acostumbradas, en la ciudad objeto de su asedio.

Estas noticias, por no sabemos

qué conducto, habian llegado hasta el valle donde habitaba la madre de Gustavo, y excusado es decir que tan pronto como sus oidos escucharon tan gratas nuevas se dispuso á reunirse con su hijo, desatendiendo las prudentes indicaciones de varios vecinos que la aconsejaban no emprendiese el largo camino que tenía que recorrer.

Todo fué infructuoso: aquella anciana, decaida y postrada, parecia haberse vigorizado con el bálsamo del consuelo, y su misma ansiedad le prestaba las fuerzas que el cansancio le iba arrebatando; pero queria gozar á toda costa del triunfo de su hijo, queria venir á ser un atractivo más en la fiesta de su coronacion, y soñaba en el supremo goce que sentiria al estrechar entre sus brazos al sér venerado de muchos y temido de todos, pudiendo exclamar con orgullo: «Este es mi hijo.»

Llegó por fin ante los muros de la ciudad. Si los latidos de su corazon y la agitacion febril que la dominaban no la hubiesen dicho que iba á presenciar la apoteosis de Gustavo, se lo hubiera anunciado el aspecto de animacion y el movimiento de curiosidad que se reflejaba en todos los semblantes.



No quiso dilatar un instante su felicidad: fatigada aún, y cubierta del polvo y el sudor que denotaban lo penoso de su viaje, cruzó las puertas, y atravesando la plaza de armas se dirigió á la catedral, donde iba á verificarse la augusta ceremonia.

Allí estaba Gustavo: su figura gallarda se veía destacar entre las de los restantes magnates; la brillante armadura que vestía le daba una apariencia de majestad que se amoldaba perfectamente con su rostro altivo y surcado de una sonrisa desdeñosa, y era el casi exclusivo objeto de todas las miradas y el solo motivo de todas las admiraciones.

Allí iban á realizarse sus ensueños de ambicion; su sed de poder iba á saciarse en aquel momento en que se le concedía una de las dignidades más altas del Estado; y cuando el prelado dejó ceñida su cabeza con la diadema de oro, Gustavo se conceptuaba el hombre más feliz de la tierra.

Pero en aquel momento una anciana con los vestidos destrozados y el rostro tostado y ennegrecido se arrojó en sus brazos, después de haberse abierto paso entre la multitud que rodeaba á Gustavo, y le estrechaba con ternura, llena de alegría, con la mirada radiante y el labio trémulo, besando con efusión la frente del héroe y dejando oír

con voz entrecortada: «¡Hijo mío, hijo mío!» [El primer movimiento de Gustavo fué de ira, el segundo de disgusto. Una oleada de rubor enrojeció sus mejillas; pensó que el brillo fastuoso de su coronación había sido empañado por la inoportuna expansión de su madre, y la mirada de amor y de entusiasmo que acababa de fijar en él, fué correspondida con otra mirada tan llena de dureza que la pobre anciana cayó desmayada sobre el pavimento del santuario.

Gustavo tenía, sin embargo, buen corazón: el vértigo que le había arrastrado á los campos de la victoria y le había elevado á las esferas del orgullo, no llegaba á agostar la delicada flor del sentimiento que permanecía guardada en su pecho y se dió cuenta al instante de su inícuo acción; cogió á su madre en sus brazos y la condujo á las fastuosas habitaciones de su mansión ducal.

Allí esperó á que volviera en sí; clavada su vista en las contracciones de su semblante, aguardaba la señal que indicase la vuelta á la vida de la infeliz; ya no se sonrojaba, ya decía á todo el mundo que la anciana andrajosa y miserable que había entrado de tan extraña manera en el templo, no era otra que la madre del duque vencedor, del adalid de cien batallas, y cuando abrió los ojos cubrió de besos sus



cárdenos labios, diciéndola: «Soy tu hijo, que si en un momento de ingratitud te desconoció, desea tener-te á su lado el resto de su vida para hacerte partícipe de su ventura.»

Era ya tarde: aquella existencia minada por el dolor no podía resistir un golpe tan terrible, y la vida se escapaba de un cuerpo debilitado

por el sufrimiento; abrió los ojos, contempló por última vez á Gustavo, que retorciéndose entre las torturas del arrepentimiento se arrojaba junto al lecho, y exhaló el último suspiro pronunciando con imperceptible frase: «Le he visto al fin, y esto me basta.»

MANUEL CONROTTE.

## ACTUALIDADES.

En el Príncipe Alfonso siguen su marcha triunfal las bellas decoraciones, rico atrezzo y habilidades de los perros en *Las mil y una noches*. Todo hace falta para el libreto y la música de dicha obra.

\*  
\* \*

En el acreditado Colegio de San Casiano, que dirige en el barrio de Salamanca nuestro amigo el Sr. D. Alfonso Pogonoski, se han verificado los exámenes de fin de curso, bajo la presidencia del Sr. Galdo y con asistencia de gran número de periodistas, directores de colegios y familias muy distinguidas. Los ejercicios fueron muy brillantes, habiéndose hecho notar especialmente los niños Pieltain, Velasco, Morales de los Rios, Avellaneda, Quereda, Mkinson, Herrero, Pomares, los hermanos Fernandez y los hermanos Pogonoski (Soledad y Alfonso, de tres y seis años respectivamente é hijos del Director).

Entre el público se veía al Director de los Jardines de la Infancia, Sr. Mingo; al Director del Colegio Hispano-Romano, señor Ballester; al de San Isidro, Sr. Quijano, y muchas profesoras y profesores de las Escuelas Municipales; y nuestros colegas *La Epoca*, *El Estandarte*, *El Liberal*, *La Union*, *El Tiempo* y otros, representados en aquel acto, han consagrado justos elogios al Colegio de San Casiano, y á su inteligente y activo Director el Sr. Pogonoski.

\*  
\* \*

Acompaña á este número el pliego 22 de la *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, escrita por el Sr. Ossorio y Bernard.

\*  
\* \*

El teatro Guignol ha vuelto á abrir sus puertas al público con general alegría del innumerable é infantil público que concurre á dicho teatro.

En él se están representando las comedias *Un necio presuntuoso*, *El castillo de Chuchulumbé*, *Los novillos de Pinto* y otras muchas, y se está ensayando una comedia de gran espectáculo, en dos actos y diez cuadros, titulada *Capirote y buscapié*.

\*  
\* \*

Con el último reparto de los *Episodios Nacionales*, del Sr. Perez Galdós, ilustrados por los hermanos Mérida, termina el interesante de *Bailén* y da principio el de *Napoleon en Chamartin*. La publicación, como se ve, adelanta notablemente, á pesar de las grandes dificultades que ofrece el abrir las muchas y buenas láminas que la ilustran.

\*  
\* \*

Ya se ha abierto, y con gran fortuna por cierto, el nuevo *Circo-Hipodromo*, próximo al Dos de Mayo. El empresario, señor Ducacal, tiene también á su cargo dicho lugar de recreo, punto de cita de la buena sociedad madrileña. Hay clowns que no son como los del otro Circo, del género fúnebre y sombrío; amazonas muy valientes y gimnastas de primer orden. Hará suerte el nuevo hipodromo.

\*  
\* \*

Los Jardines del Retiro concurridísimos, y con razón, sobre todo en las noches de concierto. En su teatro pocas novedades.